

Las obras y los días

“EL CRISTO DE LA EDAD MEDIA”

Los aspectos más salientes de la vida, de la obra y la influencia del sin par “poverello” de la Umbría que se inflamó en amor a las criaturas y a las

cosas, han quedado fijados por primera vez entre nosotros, en el libro que el padre Fray Enrique Aguilar, de la orden del Santo, ha publicado con el título que encabeza estas líneas.

Fray Enrique Aguilar, antes que todo buen hijo de Francisco, es al mismo tiempo un perfecto literato y un poeta. Su dominio del tema, se junta en este caso, en síntesis feliz y afortunada a una devoción filial no restringida y a una interpretación delicadísima.

En “El Cristo de la Edad Media”, del que por especial deferencia de su autor, había publicado esta Revista en entregas anteriores un capítulo selecto, como es toda la obra, pasa marcada con el exquisito sabor de heroicidad y de ternura que la determinó, la vida del hombre que “más se ha acercado a Jesucristo”.

En esta época presente, cuando los intereses y los egoísmos materiales dominan el campo de las actividades humanas, cuando el hombre se aleja más y más de su único objeto, centro y fin, al cual indefectiblemente ha de tornar, que es Dios, el conocimiento de la obra y realizaciones franciscanas, fundadas precisamente en todo lo contrario: amor, desprendimiento, caridad, se hace desde todo punto de vista, indispensable. Francisco, el pobre-crito, como él mismo en acto inmenso de renunciación se llamó un día, ha de ser forzosamente nuestro ejemplo, la luz que alumbré la senda por donde vamos, unos más y otros menos, pero todos apartados del camino de la verdad y de la vida.

Si el mundo, como dijo Berdiaeff, y lo hace notar expresamente en la introducción de su libro el padre Aguilar, está abocado a los principios de una nueva edad media, el único capaz de guiarnos a través de las oscuridades inevitables propias de una fecha que marca dos etapas y señala una grave transición, ha de ser el hijo del mercader de Asís, que abandonara las comodidades y los bienes de la tierra, para seguir henchida el alma de alegría, al único y legítimo maestro de todos los hombres y de todos los tiempos.

La obra de fray Enrique Aguilar, que se hermana en lo que tiene de aroma y de intención con las de Gilbert Chesterton y Emilia Pardo Bazán, no puede en absoluto, pasar inadvertida

entre nosotros. “San Francisco y su influencia en la sociedad”, “San Francisco y sus discípulos en la poesía italiana”, “Jesucristo, San Francisco y la mujer” y los tres capítulos que siguen, tocan todos, problemas palpitantes de estos días, que son resueltos con el mismo remedio universal, fórmula única eficaz para edificar las bases de una futura sociedad, un poco más feliz que la presente, que se derrumba por falta de eso mismo: Amor....

“El Cristo de la Edad Media”, es un libro que pone de manifiesto como urgente, este retorno necesario, a la vez que realiza cuanto se emparenta con el arte en la vida maravillosa del Santo.

UNIVERSIDADES DE AMERICA

En el discurso pronunciado durante las fiestas tricentenarias de la Universidad de Harvard, que en otro lugar de esta misma revista se publica, Mr. James B. Conant, rector del histórico instituto, al definir la tradición universitaria de su país, esbozó las bases principales para el logro de una adecuada educación universitaria.

Según la opinión indiscutiblemente autorizada de Mr. Conant, una Universidad debe ante todo procurar establecer el equilibrio entre cuatro actividades diferentes, que a primera vista parecen excluirse, pero que en realidad se complementan. Son éstas: el cultivo del conocimiento, la devoción por las artes liberales, una buena preparación profesional y el mantenimiento de una activa vida estudiantil. Haber sostenido al través de toda su historia esas cuatro al parecer contradictorias condiciones que como legado precioso de los fundadores puritanos, permanecieron en América, al mismo tiempo que desaparecían para ser restablecidas luego en la propia Inglaterra —son palabras del educador americano—, es lo que constituye el fondo y la esencia de la tradición universitaria de los Estados Unidos. Unas veces más, otras menos, según las épocas y los lugares, los grandes institutos del Norte, han procurado el logro de esa unión y de esa junta. Desde los tiempos ya lejanos del presidente Dunster, que reafirmó estos puntos en histórico discurso, ha sido allá preocupación fundamental la armonización de tales géneros, que evitó luego el tener que recurrir como lo hizo Gran Bretaña durante la época de Newman a la reforma drástica para destruir de un solo golpe un desperfecto posible de remediar en sus principios.

Pero esta grandiosa tradición yanqui, contemplada así con criterio observador de aficionado, no pasaría de ser enseñanza y lección digna por lo demás de ser tenida en cuenta en el futuro,

si no tuviéramos lo mismo establecido y en verdad desde hace mucho, aun cuando sin daros cuenta de ello, entre nosotros.

Pronto se cumplirán trescientos años de la fecha en que un fraile dominico, carente de la ayuda que los modernos progresos de las ciencias experimentales, han traído al marcar normas directivas muy exactas a quienes se ocupan en tareas de educación, sostenido únicamente en todos los trances y dificultades por su profundo conocimiento de la naturaleza humana, bebido en los libros divinos y en las obras de los clásicos antiguos, llegara a la misma conclusión.

Al establecer las bases para una incipiente y al parecer desmesurada fundación que luego por el soplo de su genio vino a convertirse en este COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, Fray Cristóbal de Torres, coincide en todas y en cada una de sus apreciaciones, con lo que a costa de experiencias y descalabros —mayores estos últimos—, han venido a sacar en conclusión los modernos directores de colegios extranjeros.

“Será este Colegio —dice el Fundador—, congregación de personas mayores, escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras”.... “Que se traigan todos los cursos de Artes que fueron necesarios para los Colegiales y convictores”.... “Y nuestro deseo, es que salgan del Colegio insignes canonistas y legistas”.... “Los Colegiales en sus ratos libres, tendrán juegos y esparcimientos propios de su alta calidad”.... “Disponemos que sean tratados con toda decencia los Colegiales y convictores en la habitación y en la comida”.... Y podrían multiplicarse todavía mucho más las citas y las transcripciones.

Publica hoy la Revista, exacta en cuanto lo permite el empleo de los procedimientos fotográficos, la reproducción del retrato de San Jerónimo, actualmente conservado en el Museo de Arte Antigo de Lisboa, que pintara en 1521 Alberto Durero.

Vestido con una hopalanda de bello color rojo muy ardiente, cubierta la cabeza monumental con un bonete verde, los largos cabellos mezclados a la barba rizada y la mirada pensativa que ilumina toda la ancha frente para caer como al descuido sobre un libro abierto, todo contribuye tanto en la perfección de los detalles, como en la exquisita armonía del conjunto, a hacer de este retrato una de las obras más perfectas y acabadas del maestro alemán.

Como resultado de sus viajes por Italia y en Venecia especialmente, adquirió Durero una marcada preferencia por el uso de aquellos colores suaves y profundos a la vez que las gentes del oficio, conocen con el nombre de “fiexibles”. La armonía del rojo con el verde en este San Jerónimo, —que debido a un defecto de la copia en nuestro poder, no podemos ofrecer ahora en tricromía—, marca bien la persistencia de sus recuerdos al mismo tiempo que señala en el pintor, la identificación total con la unidad, que adquirió más o menos por la misma época en que los representantes de la Escuela flamenca terminaban su evolución hacia el simplismo sorprendente que los ha inmortalizado.

En este maravilloso retrato, el arte de Durero, refrescado y renovado, mantiene sin embargo todo su rigor y es una prueba más de sus características personalísimas. Ningún detalle por ejemplo se le escapa. Como en todas sus obras es fácil observar también en esta una etapa de la lucha ardiente y viva que libró durante toda su vida para alcanzar en la naturaleza la verdad. Persiguió Durero hasta en sus más pequeños detalles con escrupulosidad atormentada el ideal que de ella —la verdad— se había forjado, en las manifestaciones naturales de la vida y de la muerte, lo que determinó en la obra suya ese sello de patetismo inconfundible. En su madurez, después de tántas búsquedas y meditaciones, luégo de haber alimentado sueños ricos de imaginación se presenta ante su genio el problema de la figura humana. Sus últimos años, estuvieron sobre todo, consagrados al retrato, al retrato atento y minucioso donde la observación se acentúa en profundidad, marcándose así la última etapa de su evolución artística. Pero el placer sin disimulos que puso en **San Jerónimo**, para pintar los libros y el pupitre, espléndidas naturalezas muertas y para modelar la calavera, símbolo de la angustia que lo ahogaba, —mal que compartió con su época— y en los cuales logró una sorprendente seguridad de ejecución, muestran bien claro, que a despecho del desarrollo de su genio, no renunció nunca al naturalismo sobre agudo que al querer cogerlo todo sin perder el más mínimo detalle hizo de él un dibujante incomparable, el primero de sus días y de los más ilustres de la humanidad.

